

Prólogo

Principios de octubre de 2001

Después de la lluvia el paisaje tomaba un trazo grueso y los colores del bosque se volvían más contundentes. El limpiaparabrisas seguía batiendo de derecha a izquierda con menos desesperación que al salir de Barcelona, una hora antes. Por delante quedaban las montañas que ahora, mientras anochecía, no eran más que un volumen oscuro a lo lejos. El joven conducía con precaución, pendiente de la carretera que se estrechaba curva tras curva a medida que ganaba altura; los mojones de cemento que delimitaban la trazada no parecían una protección muy sólida contra el enorme barranco que se abría a su derecha. De vez en cuando miraba por el retrovisor interior y le preguntaba al niño si se mareaba. El chico, medio adormilado, negaba con la cabeza, pero tenía el rostro pálido y pegaba continuamente la frente al cristal de la ventanilla.

—No queda mucho —dijo el joven para animarle.

—Espero que no vomite; la tapicería es nueva.

La voz ronca de Zinóviev devolvió la atención del conductor a la carretera.

—Solo tiene seis años.

Zinóviev se encogió de hombros, alargó su enorme mano tatuada con una araña, parecida a la que le cubría media cara, y encendió un cigarrillo con el mechero del salpicadero.

—La tapicería solo tiene tres y todavía la estoy pagando.

La mirada del joven se desvió fugazmente hacia el teléfono móvil que estaba en la bandeja. Por precaución lo había silenciado, pero estaba demasiado cerca de Zinóviev. Si la pantalla se iluminaba, Zinóviev lo vería.

La carretera terminaba en un sendero que se abría hacia el valle, rodeado de árboles. Llamaban a aquel paraje «el lago», pero en realidad se trataba de una pequeña presa que alimentaba una central eléctrica construida en los años cuarenta. En verano acudían los turistas dispuestos a pasar un día en plena naturaleza. Con los años habían mejorado algo los accesos, construido un pequeño hotel con tejados de pizarra y fachada de piedra, una zona de columpios y una cafetería. Pero en octubre la caseta del guarda forestal permanecía cerrada, no había excursionistas a los que atender en el pequeño módulo prefabricado con un anuncio de Coca-Cola, y las sillas de plástico amontonadas junto a la puerta enrejada de la cafetería dibujaban una instantánea de tristeza.

El joven detuvo el coche tan cerca de la orilla que los neumáticos delanteros besaron suavemente el agua. Apagó el motor. En el lado norte, había un cercado con maquinaria pesada y unos grandes carteles del ministerio de Fomento. Iban a desecar el lago para construir una urbanización de lujo. En el plano del proyecto se anunciaban unas casas adosadas con piscina bordeando un gran campo de golf. Ya habían empezado a desbrozar y balizar el bosque de los márgenes y los troncos se apilaban sin orden entre hierros y montañas de hormigón y arena. No se oía nada fuera del ulular del viento sacudiendo los abetos de la orilla y el batir intermitente de un portón mal cerrado en una de las ventanas del hotel. La lluvia caía sobre el lago deshaciéndose en suaves ondas. Parecía todo irreal.

Zinóviev abrió la puerta. Cuando el joven quiso hacer lo mismo, este lo detuvo.

—Tú espera aquí.

—Será mejor que te acompañe. El chico solo confía en mí.

—He dicho que esperes aquí.

Zinóviev abrió la portezuela trasera y le pidió al niño que saliera. Trató de ser amable pero no estaba acostumbrado a esa clase de sutilezas. Además, su voz y su rostro tatuado inspiraban miedo y el crío se puso a llorar.

—No pasará nada. Ve con él —le animó el joven, forzando una sonrisa.

Observó cómo Zinóviev lo tomaba de la mano y se alejaba hacia la superficie gris del lago. El niño volvió la cara hacia el coche y el joven le saludó con confianza. A través del parpadeo del parabrisas entrevió la pasarela de madera y el mirador. Casi había oscurecido totalmente. Desobedeciendo la orden de Zinóviev salió del coche y se acercó. La hojarasca crujía bajo sus pies y la humedad que traspasaba la suela del calzado no tardó en empaparle. Cuando llegó al borde del mirador vio la espalda ancha y musculosa de Zinóviev. Tenía las manos en los bolsillos y una espiral de humo azulado flotaba sobre el hombro. Se volvió lentamente y observó con disgusto al joven.

—Te he dicho que esperes en el coche.

—No tenemos que hacerlo, seguro que hay otro modo.

Zinóviev se quitó el cigarrillo de la boca y sopló en la pavesa.

—Ya está hecho —dijo, caminando hacia el coche.

El joven se acercó a la orilla. El agua tranquila del lago emitía un destello de latón. *Ven*, le decía aquella oscuridad. *Ven, olvidémoslo todo.*

El niño flotaba boca abajo, como una estrella de mar, y las gotas de lluvia, millones de ellas, borraban su cuerpo, que, poco a poco, empezó a hundirse.

Ocho meses después, Zinóviev se concentraba solo en su respiración. Le gustaba salir a correr por las mañanas,

ocho o diez kilómetros a buen ritmo, motivándose por la música (aquella mañana, *El cascanueces* de Tchaikovski) que escuchaba a través de los auriculares. Mientras corría le venían a la cabeza pensamientos imposibles de traducir en frases precisas. Pensaba en todos los hombres que podría haber sido, de no ser quien era.

La culpa de todo era de las arañas. El temor más escondido de Zinóviev tenía sus raíces en un sótano de la infancia: una bodega fría y repleta de telarañas. Las arañas, pequeñas y diminutas, colonizaban aquella oscuridad por millares. Las podía sentir en la oscuridad trepando por las piernas, en los brazos, en el cuello, en la boca. Era inútil debatirse para quitárselas de encima, tanteaban la piel con sus patas como si fueran dedos peludos que quisieran envolverlo en sus trampas de seda viscosa. Si no hubiera existido aquel sótano, probablemente él habría sido otro hombre. Había aprendido a vencer esos temores, a convertir el miedo en fortaleza. Tatuarse esas arañas era una declaración de intenciones: lo que no te mata te endurece.

El último tramo de carrera era el más exigente. Al adivinar la casa entre la bruma apretó los dientes y aceleró el ritmo. Detrás de la cerca oyó el ladrido ronco y familiar de *Lionel*, su dogo argentino.

—No está mal, nada mal —se dijo, recuperando el resuello al tiempo que detenía su cronómetro de muñeca. El latido desbocado del corazón se fue calmando hasta recuperar una cadencia pausada. Abrió la portezuela de la finca y le lanzó una patada amistosa a *Lionel*. El dogo todavía andaba un poco renqueante. Aquel maldito americano stanford casi le había arrancado el cuarto trasero a mordiscos en la última pelea. Zinóviev le acarició la cabeza cuadrada, de potentes mandíbulas. Debería deshacerse de él. ¿Para qué demonios servía un perro de pelea que ya no podía pelear? Pero le tenía cariño.

—¿Qué me dices, viejo guerrero? ¿Hemos tenido visitantes hoy?

Caminó hasta la entrada y se sentó en el escalón bus-

cando en la riñonera el paquete de cigarrillos. Le encantaba fumarse uno incluso antes de que las pulsaciones hubieran vuelto a su ritmo normal. El tabaco penetraba en los pulmones como un alud. Enjugó el sudor con la manga de la sudadera y lanzó una pesada bocanada de humo. Había sido una buena idea alquilar aquella casa. Aislada y tranquila, en medio de una estampa bucólica y pastoril. Incluso desde el mirador de la colina era difícil adivinar su existencia, rodeada de frondosos pinares. Y si algún despistado se acercaba a la cerca, *Lionel* sabría disuadirlo para que continuase su camino sin detenerse. Y si con eso no bastaba, bueno, entonces tendría que recurrir a la Glock que escondía detrás del televisor.

Se quitó las zapatillas embarradas y caminó sobre el suelo de madera crujiente. La chimenea estaba encendida y el calor se filtraba bajo los calcetines húmedos. Encendió el televisor y sonrió al ver el canal de dibujos animados. Estaba aprendiendo inglés con las series de Disney, pero la verdad era que aquel ratón gigante le gustaba de verdad. Le causaba extrañeza pensar, cada vez que lo miraba, que alguna vez él también había tenido ocho años. De eso hacía ya mucho tiempo. Demasiado. Apartó la mirada del plasma y fue a la cocina a prepararse un batido de proteínas y carbohidratos. Seguía oyéndose la televisión.

Y por encima del volumen, de repente, escuchó el gruñido sordo del perro. Retrocedió sobre sus pasos y echó un vistazo. Había olvidado cerrar la puerta. El perro gruñía con el lomo erizado y con las patas asentadas en el suelo, mirando hacia la cerca. Zinóviev inspiró con fuerza.

—¿Qué pasa *Lio*... ?

El primer disparo hizo añicos el pecho del animal, que saltó en el aire con un gemido gutural, para caer a plomo de lado. Un disparo grueso, de escopeta recortada, hecho casi a bocajarro. Zinóviev corrió hacia el televisor para coger la Glock. No se dio cuenta de que Mickey le acababa de regalar un ramo de rosas a Minnie. Alcanzó la pistola a tiempo de volverse. De no haber dudado habría logrado

apuntar con garantías. Pero durante unas décimas de segundo se quedó quieto, con la boca abierta en forma de queja asombrada.

—¿Tú?

Al otro lado solo recibió una mirada fría. Una mirada que no dejaba lugar a dudas de lo que iba a ocurrir a continuación. Cuando Zinóviev quiso reaccionar, ya había recibido el impacto de la culata de la escopeta en plena frente.

¿Cuántos finales puede tener un hombre? Todos los que sea capaz de imaginar. Y las peores premoniciones pasaron por la mente de Zinóviev cuando abrió los ojos para encontrarse con una capucha de lana aplastándole el rostro. La lana se le metía en la boca y le ahogaba. La capuchaapestaba a sudor. Notó un fuerte dolor en los hombros y las manos. Lo habían desnudado y esposado en una postura antinatural a un poste o una viga. Las muñecas soportaban todo el peso de su cuerpo y los pies apenas rozaban el suelo húmedo. Colgado como una longaniza, podía notar las roturas de las fibras musculares y el metal de las esposas serrándole la carne de las muñecas.

—No deberías haberle matado. Solo era un niño inofensivo.

Aquella voz en la nuca de Zinóviev tensó su cuerpo como una barra atravesándole las vértebras. Comenzó a sudar y a temblar. Lo peor siempre puede empeorar. Se estremeció al sentir algo frío y punzante rozando su espalda. Un cuchillo.

—¿A cuántos has inoculado tu veneno antes? ¿Los paralizas primero para que no puedan moverse mientras les haces de todo?

«Contrólate. Contrólate. Solo quiere asustarte.» A esa idea se aferraba Zinóviev. El primer tajo de machete le sacó de su error. Fue rápido, entre las costillas. Apretó los dientes. «No grites. Solo es dolor.»

—Los inocentes no le tienen miedo a los monstruos, ¿lo sabías? Los niños no le tienen miedo a la maldad.

Zinóviev notó el filo del machete descendiendo por la clavícula, hacia el pezón.

—Querría que esto durase mucho. Hazme el favor de no morirme enseguida.

Zinóviev comprendió que su muerte iba a ser atroz, como si volviera al sótano de la infancia y las arañas estuvieran esperándole. Millones de ellas.

Aguantó cuanto pudo. Pero al fin lanzó un alarido que nadie podía oír.

Laura observaba los trozos de madera varados en la arena, las botellas de plástico y la basura entre la que hurgaban las gaviotas con ese frenesí de los buitres entre la carroña. El oleaje de la noche anterior había arrastrado todo tipo de porquerías hasta la orilla. No era una imagen muy bucólica pero a ella le gustaba aquella desnudez del paisaje, la prefería al bullicio del verano con sus sombrillas, las avionetas con publicidad sobrevolando como moscardones molestos su terraza.

Volvió la cabeza hacia el dormitorio y vio que él continuaba durmiendo enredado entre las sábanas. Se sentó a los pies de la cama y lo estuvo observando unos minutos. ¿Le había dicho su nombre? Probablemente, pero lo había olvidado antes de aprenderlo.

Las cosas no encajaban todavía con nitidez en su cabeza: había estado bebiendo hasta muy tarde la noche anterior, él se había acercado directamente, como esos depredadores que saben olfatear a su presa entre toda la manada con un simple vistazo. Lo último que recordaba era que habían follado en un cajero automático. Él le había roto el broche del sujetador y le había mordido un pezón. Luego habían seguido en el taxi, hasta aquí. En la mesita de noche quedaban restos de cocaína. También estaba la alianza. Siempre se la quitaba cuando se acostaba con otros. No

tenía por qué hacerlo; al fin y al cabo, Luis la había dejado, pero todavía no se había acostumbrado a su ausencia.

Alargó el pie y zarandó la pantorrilla del bello durmiente. Él no se inmutó, más allá de un leve gemido de bebé que le estaba babeando las sábanas. Olía a esperma seco. A juzgar por los arañazos que le recorrían la espalda debía de haber sido un buen polvo. Lástima no acordarse de nada.

—Oye, Adonis: seguro que tienes un lugar donde seguir roncando y yo tengo cosas que hacer. —Él esbozó una sonrisa sin abrir los ojos y alargó la mano tratando de asir a Laura por la muñeca, pero ella se desembarazó de sus dedos inciertos. Con un error por noche era suficiente. Decidió darle una prórroga mientras se duchaba. Se encerró en el baño, abrió el grifo de la ducha y se quitó la camiseta y las bragas frente al espejo. Tenía un aspecto lamentable, y no era solo porque a partir de cierta edad los excesos pasaran factura con más crueldad que a los veinte. La forma en que sus ojos la miraban era la de una derrota mucho más devastadora que el sexo con desconocidos, el abuso del alcohol o de las drogas.

—¿Puedo pasar? Me estoy meando.

Laura abrió la puerta del baño y se hizo a un lado. Observó la erección del pene y no sintió deseo alguno, solo una leve náusea.

—Siéntate para mear. No quiero que riegues el váter con tu manguera.

Qué extrañeza compartir la intimidad de la higiene, el baño, las excreciones con otro hombre que no fuera Luis. Cuando se fueron a vivir juntos le resultó chocante esa manía suya de encerrarse por dentro en el baño cuando tenía que defecar. A ella no le importaba verle sentado con los calzoncillos por la pantorrilla, algo que a él le molestaba, como si esa faceta suya no fuera compatible con los fines de semana de esquí, las cenas en restaurantes caros, las veladas en el Liceo o su manera de hacerle el amor en el catamarán amarrado en la bahía de Cadaqués. Luis nun-

ca entendió que no necesitaba ser el hombre perfecto para que ella le amase. De hecho, ahora estaba segura de que eran sus flaquezas, precisamente, las que le habían mantenido junto a él todos aquellos años.

El desconocido comprendió que los ojos grises de Laura no le miraban a él. Era hora de recoger la ropa y largarse antes de que la amargura que empezaba a asomar en aquellos bonitos labios se convirtiera en algo mucho peor.

—Me visto y me largo.

—Esa es la idea.

Laura se metió en la ducha y corrió la cortinilla de flores. Apenas cabía en el rectángulo con gresite en el suelo y sin embargo se las habían apañado la noche anterior para entrar los dos. Sus cuatro manos estaban grabadas en la baldosa. Con un nudo de náusea en el estómago, borró aquellas huellas y abrió el grifo.

Salió del baño con la esperanza de estar sola. El desconocido se había vestido, pero seguía allí. La ropa de noche, camisa negra brillante y ceñida y pantalones de piel con marca paquete, resultaba incongruente a la luz del día. Estaba husmeando en el rincón del salón que Laura utilizaba como despacho.

—Anoche no me dijiste que eras policía. —Entre los libros había una fotografía enmarcada con el uniforme de gala de la subinspectora Laura Gil y en una esquina del marco colgaba una condecoración al mérito policial.

—Supongo que no dije muchas cosas —respondió Laura, molesta porque aquel tipo anduviera entre sus cosas.

—Y tampoco mencionaste que estás casada —añadió, señalando su retrato de boda.

El tiempo verbal se clavó en la piel de Laura como algo dañino. Casi sonrió al reconocerse tan jóvenes los dos. Luis con su esmoquin y la pajarita de terciopelo, y ella con un bonito vestido de tul sin velo pero con una hermosa y larga cola. Eran otros tiempos.

—Tendrías que marcharte. Ahora.

El desconocido asintió un tanto decepcionado. Hizo ademán de acariciar el cuello todavía húmedo de Laura, pero ella le contuvo con una mirada sin resquicios. No había nada que hacer. El tipo chasqueó los labios, no estrictamente decepcionado, sino más bien un poco herido en su orgullo. Tensó el bíceps bajo la camisa y ensanchó el pecho como si pretendiera demostrar lo que ella se iba a perder. Se dirigió a la puerta, pero antes de marcharse le regaló una ojeada irónica.

—Deberías buscar ayuda, subinspectora. Follas como si fueras una mantis. No te veo muy centrada, y se supone que la gente como tú protege a la gente como yo. Como ciudadano, eso me preocupa.

Laura reprimió los deseos de acercarse y doblar aquel cuerpo musculoso con una patada en los cojones.

—Si follo como una mantis deberías darme las gracias por no haberte arrancado la cabeza. En cuanto a ti, deberías seguir practicando. Hay ejercicios para contener la eyaculación precoz, ¿sabes?

Cuando se quedó sola abrió el armario en busca de algo limpio que ponerse. La ropa de Luis había desaparecido, polos y camisas de verano, los pantalones bermudas que se ponía los fines de semana, los mocasines y las chanquetas. Las perchas de plástico eran una metáfora de los espacios que Laura no sabía cómo llenar. Se colocó una camiseta de manga larga de los Nirvana y encima un jersey de damasco con el cuello de pico y puso un compacto en el reproductor. El principio de la sinfonía *Patética* sonó como un virus apoderándose del aire.

Llamaron a la puerta.

—¿Y ahora qué quiere ese imbécil?

Fue hasta la puerta dispuesta a demostrarle a aquel tipo lo desagradable que podía ponerse cuando le tocaban los ovarios, pero se topó de frente con un rostro muy distinto al que esperaba encontrar.

—Me acabo de cruzar con un energúmeno. Bajaba los

escalones escupiendo insultos que ni siquiera tú querrías escuchar. No sé lo que le has hecho o dejado de hacer, pero estaba muy cabreado.

Alcázar estaba apoyado en la pared y sonreía con su habitual gesto irónico. Laura frunció el ceño, contrariada.

—Solo es un gilipollas más. ¿Qué haces aquí?

Alcázar le caía bien. Su gran mostacho gris de mariscal que no se había retocado en cincuenta años le inspiraba confianza, aunque tenía la desagradable costumbre de atraparlo y chuparlo con el labio inferior cuando se quedaba pensativo. Al torcer la boca, el mostacho se movía como una cortina, de derecha a izquierda, de modo que nunca dejaba ver del todo los dientes.

—¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó Alcázar, alzando la mirada por encima del hombro de su alumna más aventajada. Al fondo vio la ropa tirada en el suelo. También los restos de cocaína sobre el cristal de una mesita y las botellas vacías.

—No me pillas en un buen momento.

Alcázar asintió, sacando un palillo y llevándose a los dientes.

—Con esa música que escuchas no me extraña. ¿Cómo se llama? ¿Invitación al suicidio?

Laura negó con la cabeza.

—Deberías probar a escuchar algo que no fueran boleros y rancheras. ¿Podrías dejar de hurgarte las encías con eso? Es desagradable.

—Todo yo soy molesto y desagradable. Por eso me van a jubilar. Es lo que somos los viejos. Puntos negros y nubarrones en el horizonte de los jóvenes y sus vanas ilusiones.

—No seas cínico. No quería decir eso.

Alcázar guardó el palillo.

—He visto un chiringuito al otro lado de la cala. Hay ofertas para desayunar.

—No tengo hambre —protestó Laura, pero Alcázar la interrumpió con el dedo índice en alto. Solía utilizar

aquel gesto para imponerse en comisaría cuando las discusiones se prolongaban hasta irritarlo. Alzaba el dedo índice y allí terminaba la democracia.

—He reservado mantel, velas y flores. Te espero en la playa, en cinco minutos.

El viento zarandeaba un toldo descolorido. El interior del chiringuito olía a aparejos y a pescado en malas condiciones. No había nadie, excepto el dueño, un tipo de aspecto aburrido que leía el periódico apoyando un codo en la barra. Cuando los vio entrar, no pareció muy contento. Alcázar pidió café. Laura no pidió nada, le dolía la cabeza y tenía el estómago revuelto. A pesar de que se había lavado los dientes como si quisiera arrancárselos, el sabor del Cointreau permanecía obstinadamente al fondo de la garganta. Alcázar pidió por ella: un bocadillo de queso y una Coca-Cola *light*.

Desde la mesa podía verse una porción de playa y las rocas del acantilado. Las gaviotas sobrevolaban las corrientes de aire. A veces se quedaban flotando ingravidas, otras plegaban las alas y se lanzaban en vuelo rasante sobre la cresta de las olas grises.

—¿Cómo has encontrado este sitio? Es deprimente —lanzó Alcázar. Él era hombre de ciudades, multitudes, olores a gasolina y polución.

A Laura le gustaba el mar porque podía desaparecer en el horizonte con solo mirarlo.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro. ¿Para qué has venido, para cerciorarte de que no hago ninguna tontería?

El dueño del chiringuito trajo las consumiciones y las dejó en la mesa sin demasiado miramiento. Alcázar entrelazó los dedos sobre la mesa, como si fuese a bendecir el bocadillo de queso que Laura no pensaba probar.

—Zinóviev está muerto. Más que muerto, diría yo. Lo han machacado a base de bien antes de cargárselo.

Laura palideció. Arrancó la costra del pan sin prestar atención a su gesto.

—¿Cómo ha sido?

—Desagradable. Muy desagradable. Lo han despellejado vivo, tira a tira. Le han cortado los cojones y se los han hecho tragar.

—No puedo decir que lo sienta. De hecho, me están entrando ganas de ponerme a gritar como una loca de alegría.

La mirada de escepticismo de Alcázar incomodó a Laura, como cuando era novata y su jefe le ofrecía un caramelo del frasco de cristal que había encima de la mesa. Detestaba aquellos caramelos, casi siempre rancios, que se quedaban pegados al envoltorio, pero si Alcázar asentía levemente, no le quedaba más remedio que sonreír, meterse uno en la boca y aguantarlo debajo de la lengua hasta que salía del despacho y disimuladamente lo escupía en la mano. El amargor le duraba días. Pero al volver al despacho siempre aceptaba otro.

—¿Qué esperabas que dijera? Ese hijo de puta mató a mi hijo.

—No tenemos pruebas de eso. Nunca las tuvimos.
—Sus palabras le resultaron penosas y obscenas.

Laura apretó las mandíbulas y observó a su jefe durante unos segundos con expresión inescrutable.

—Pero los dos sabemos que lo hizo.

—Lo que uno sabe importa poco si no tiene pruebas para demostrarlo.

—Las pruebas no te importaban hace unas décadas.

Alcázar soportó el golpe con entereza. Apuró el café con calma, manchando el filo del mostacho.

—Los tiempos han cambiado. Ya no estamos en los años setenta.

Laura temblaba como si le hubiese dado un ataque repentino de malaria.

—Por supuesto; lo tuyo era asustar a niños. A esos no te costaba mucho sacarles una confesión, ¿verdad?

Alcázar le sostuvo la mirada.

—Se supone que la democracia se inventó para que tipos como yo no pudieran seguir haciendo lo que hacíamos. Tú, mejor que nadie, deberías saberlo.

Se produjo un tenso silencio entre ambos, Alcázar estaba visiblemente incómodo.

—Lo siento —dijo Laura con mirada ausente, hacia la playa. Vio a su hijo de seis años corriendo por la orilla y a Luis detrás de él. Vio otro tiempo que había estado ahí hasta hacía solo ocho meses, y que había desaparecido como si jamás hubiese existido.

—¿Has venido a detenerme?

Alcázar cogió aire y lo soltó de golpe, como cuando uno decide meterse en un barreño de agua gélida. Sin tibeos.

—Quiero que me digas si has sido tú. Puedo ayudarte, pero necesito saberlo.

Laura se desembarazó suavemente de la mirada de su jefe.

—Entiendo que sospeches. Lo entiendo perfectamente —murmuró.

—Me parece que no lo entiendes. Zinóviev tenía las muñecas esposadas a una viga. Con unos grilletes policiales. Los tuyos. También tenía una fotografía de tu hijo Roberto incrustada en el corazón con una pistola de clavos.

Laura se estremeció y clavó las uñas en el mantel de papel, como si pudiera hacerlo en los ojos negros de Zinóviev y de ese modo arrancárselos de dentro, sacarlos de sus pesadillas. Le costó levantarse y tuvo que aferrarse a la mesa.

—Si crees que he sido yo, ya sabes lo que tienes que hacer.

—No hagas tonterías, Laura.

—¿Vas a detenerme?

—Yo no, pero a estas horas ya debe de haber una patrulla en la puerta de tu apartamento.

Ella lo miró como si toda la vida se le hubiera escapado y solo el aire sustentase su cuerpo vacío.

—No pienso ir a la cárcel.

Alcázar encogió el mostacho.

—Pues creo que vas a tener que empezar a pensarlo. No te voy a impedir salir por esa puerta. Yo no he estado aquí, ¿entiendes?

Sí. Le entendía perfectamente.

Primera parte

El lobo flaco

I

Barcelona, 20 de junio de 2002

—Usted no lo entiende. Esa zorra me lo va a quitar todo y encima pretende que le pase una pensión vitalicia.

Gonzalo nunca quiso ser abogado, pese a lo que decía la placa que colgaba en la puerta de su despacho: «Gonzalo Gil. Experto en derecho civil, matrimonialista y mercantil». Podría haber acabado tras el mostrador de una carnicería y no sentiría mayor emoción. Simplemente había dejado que el destino decidiese por él, y a los cuarenta años ya no servían de nada las quejas.

—La ley está de parte de su esposa. Creo que debería avenirse a un acuerdo conciliatorio. Ahorraría dinero y energías.

El cliente le observó alzando el mentón, como si aquel abogado, tan gris como el traje que llevaba puesto, le hubiese metido un dedo por el culo.

—¿Qué clase de abogado es usted?

Gonzalo entendió su perplejidad; esperaba que le mintiera. Todos lo esperaban al entrar por esa puerta, como si en lugar de asesoramiento legal acudieran en busca de un quiromántico que por arte de magia les solucionara sus problemas. La cuestión era que no sabía mentir. Por un momento, sopesó la posibilidad de darle al cliente una de aquellas tarjetas pretenciosas con el membrete del bufete de su suegro. Tan solo tendría que salir del despa-

cho de Gonzalo y recorrer el pasillo hasta el final. Ni siquiera necesitaba salir del edificio.

—Debería haber consultado con un experto antes de poner la titularidad de la casa y sus bienes a nombre de su esposa. Yo no puedo ayudarle.

Imaginó lo que habría dicho su suegro ante semejante afirmación, poniendo los ojos en blanco: «Cuándo vas a aprender que en nuestro trabajo la mentira no presupone, necesariamente, la ausencia de la verdad, sino un mero recurso para vestirla con subterfugios legales hasta hacerla irreconocible». Además de ser uno de los mejores abogados de la ciudad, su suegro, don Agustín González, era un cínico sin redención posible. Gonzalo lo había visto hipnotizar a sus clientes enrocándose en las palabras hasta que los idiotizaba y estos terminaban firmando lo que les pusiera delante, aunque solo fuera para no reconocer que seguían sin entender una sola palabra de toda aquella jerga y evitar la mirada reprobadora del viejo, que los despedía siempre con la mejor de sus sonrisas. Esa sonrisa que decía tan educadamente: «que te jodan».

Diez minutos después apareció por la puerta Luisa, su ayudante. Siempre lo hacía sin llamar, y después de tantos años, Gonzalo había desistido de convencerla de lo contrario. Luisa manejaba con soltura los programas de ofimática, los móviles, y todos esos artilugios que a él le dejaban atrás, convirtiéndole en un analfabeto funcional. Además, le gustaban los geranios que había plantado en el balcón. «Esto está muy triste, necesita color y yo voy a dárselo», había dicho la primera vez que entró en el despacho, segura de que, con un argumento semejante, a Gonzalo no le quedaría más remedio que contratarla. Tenía razón; antes de que aquella joven llegase a su vida, las flores se morían sin remedio, convirtiéndose en burujos que se deshacían al tacto. Por supuesto, la contrató y no se arrepentía. Solo esperaba poder mantenerla en su puesto cuando llegase la fusión con el bufete de su suegro.

—Ya veo que hemos ganado otro cliente para siempre. —Además de eficaz y colorista en su modo de vestir, Luisa tenía la capacidad del sarcasmo.

Gonzalo se encogió de hombros.

—Al menos no le he sacado la pasta con promesas inútiles.

—La honradez solo honra al honrado, abogado. Y tenemos que pagar facturas, el alquiler de este bonito despacho a tu suegro, y... sí, pequeño detalle, mi nómina.

—¿Cuántos años tienes?

—Soy muy joven para ti; podría denunciarte por abuso de menores.

—Miedo me darás cuando tengas tu propio bufete.

Luisa hizo un mohín travieso con la boca.

—Y harás bien. Yo no dejaré que se me vaya la clientela como si la pescase con una red llena de agujeros. Por cierto, acaba de llamar tu mujer. Dice que no olvides llegar esta tarde a las seis. En punto.

Gonzalo se recostó en el respaldo del sillón que imitaba la piel. Claro, la fiesta «sorpresa» de cumpleaños de todos los años. Casi había logrado olvidarse de aquel ritual.

—¿Lola sigue al teléfono?

—Le he dicho que estabas ocupadísimo.

—Buena chica; no sé qué haría sin ti.

La expresión perspicaz de Luisa borró con rapidez una sombra de decepción y tristeza.

—Espero que recuerdes tus palabras cuando te reúnas con el viejo.

Él quiso decir algo, pero ella le ahorró el mal momento saliendo del despacho con celeridad. Gonzalo inspiró con fuerza, se quitó las gafas con montura de carey, tan pasadas de moda como sus trajes y sus corbatas, y se frotó los párpados. Su mirada se encontró con el retrato de Lola y los niños. Un óleo colgado en la pared que su esposa le había regalado cuando inauguró el bufete y todas las ilusiones permanecían intactas. Habían cambiado mucho las cosas, y no del modo que él esperaba.

Salió al balcón a tomar el aire. Los geranios compartían el breve espacio con el aparato de aire acondicionado y con una bicicleta que nunca había utilizado. En la baranda colgaba todavía el cartel publicitario del bufete. En todos estos años no se le había ocurrido cambiarlo. El sol y la intemperie habían descolorido las letras, aunque a decir verdad, desde la calle apenas se percibía, incluso cuando era nuevo. Ese cartel era algo simbólico, una absurda bandera con la que reivindicar inútilmente la independencia de su ínsula frente a los despachos contiguos, todos ellos propiedad de «Agustín González y Asociados», desde 1895». A veces Gonzalo tenía el convencimiento de que sus únicos clientes entraban en su despacho porque se equivocaban de puerta. También sospechaba que de vez en cuando su suegro le hacía llegar desahuciados, casos que consideraba poca cosa, las migajas. A fin de cuentas, era el marido de su hija y el padre de sus nietos, y eso tenía su peso, aunque don Agustín le consideraba un perfecto inútil. La palabra exacta era pusilánime.

Después de tantos años resistiendo, debía ceder a la evidencia: iba a aceptar la propuesta de asociarse con su suegro, en cuanto este lo propusiera. Todavía no la había formalizado, pero en la práctica significaba que trabajaría para él. Aquel cartel desaparecería, y quizá también los geranios. La nueva hipoteca, el colegio de inglés de su hija pequeña, y el próximo año de carrera de Javier en una universidad privada donde se formaban los patricios bajo el auspicio de los jesuitas, tenían la culpa. Todo eso, sí, y también su falta de valor para enfrentarse a su suegro y permitir que su vida se hubiera convertido en una parodia en la que él tenía el mero papel de figurante.

Encendió un cigarrillo y fumó mirando la ciudad. Pronto llegaría el buen tiempo, el calor de verdad, pero aquella tarde todavía podía uno asomarse al balcón sin sentir la bofetada del compresor del aire acondicionado funcionando a toda máquina. Todo el mundo daba por supuesto que le encantaba estar en el meollo de la ciudad,

pero lo cierto era que nunca le gustó Barcelona. Añoraba los cielos de su infancia entre montañas, cuando el sol teñía de rojo el lago y su padre le llevaba a pescar. En realidad no tenía recuerdos reales, si es que los recuerdos podrían ser tal cosa, de aquel tiempo; su padre desapareció cuando él tenía solo cinco años, pero había oído en boca de su madre tantas veces aquellas historias de pesca que era como si de verdad hubiese ocurrido así. Resultaba difícil añorar algo inventado, tan extraño como depositar cada 23 de junio flores en una tumba donde no hay nada enterrado, excepto lombrices y hormigas que en verano dejan sus conos de tierra.

Durante años porfió con Lola para convencerla de que valía la pena arreglar la vieja casa del lago y trasladarse allí a vivir con los niños. Apenas estaban a una hora en coche de la ciudad, y ahora se podía vivir en el campo con todas las comodidades; Patricia, la pequeña, podría criarse en un entorno más sano, y él podría llevarla a pescar para que cuando se hiciera mayor no tuviera la sensación de que su padre fue un fantasma difuso. Quizá en un entorno más sosegado incluso mejoraría la relación con su hijo mayor, Javier. Pero Lola se había negado siempre en redondo.

Separar a su esposa de aquellas avenidas y de las *boutiques*, los barrios céntricos y el barullo era casi como amputarle las piernas. Al final se había dejado convencer para comprar aquella casa en la parte alta de la ciudad, con piscina y vistas a todo el litoral, con cuatro baños y una parcela ajardinada de cuatrocientos metros cuadrados, con vecinos ricos y discretos. Había comprado un todo terreno que gastaba más gasoil que un carro de combate y había decidido, pese a saber que no podía pagarla, que aquella era la vida que deseaba.

Uno hace lo que no quiere hacer cuando se enamora y lo disfraza de propia iniciativa, aunque en el fondo solo sea renuncia.

Perdido en conjeturas inútiles, Gonzalo volvió la ca-

beza hacia el balcón contiguo donde una mujer fumaba distraída con un libro. Ella levantó la cabeza con la mirada perdida, pensando tal vez en lo que acababa de leer. Era alta, de unos treinta y cinco años, pelirroja, y tenía un corte de pelo que parecía obra de un Eduardo Manostijeras desatado: trasquilones a los lados, un largo flequillo que ella apartaba continuamente de la frente y que le rozaba la punta de la nariz. En el cuello tenía tatuadas dos grandes alas de mariposa. Sus ojos, grises con motas pardas, eran amables y desafiantes al mismo tiempo.

—Lees a mi poeta preferido, qué casualidad.

A juzgar por la expresión de la mujer, Gonzalo debía de parecerle un enfermo convaleciente al que no podían pedírsele demasiados esfuerzos.

—¿Por qué casualidad? ¿Te parece que somos las únicas personas en el mundo que han leído a Mayakovski?

Gonzalo puso en marcha el engranaje de su memoria, buscando viejas palabras largamente olvidadas. Su ruso estaba muy oxidado.

—Bromeas. Podrían contarse con los dedos de una mano las personas que pueden leer a Mayakovski en ruso en esta ciudad.

Ella le dedicó una sonrisa algo sorprendida.

—Al parecer tú sí eres capaz. ¿Dónde aprendiste mi idioma?

—Mi padre aprendió ruso en los años treinta. Cuando era pequeño nos hacía recitar el *Poema a Lenin* a mi hermana y a mí.

Ella asintió, casi por cortesía, y cerró el libro.

—Bien por tu padre —dijo, despidiéndose con otra media sonrisa antes de volver al interior.

Gonzalo se sintió estúpido. Solo pretendía ser cortés. ¿Solo cortés? Bueno, quizá su mirada al nacimiento del pecho de ella había sido demasiado evidente. Estaba perdiendo la práctica en eso de ser galante. Apagó el cigarrillo y entró en el baño anexo a su despacho. Se lavó minuciosamente las manos con jabón y se olió los dedos y la

ropa para comprobar que no quedaba rastro de olor a tabaco. Luego se ajustó el nudo de la corbata y se alisó la americana.

—Ahí estás, en alguna parte, ¿verdad, pequeño cabrón? —dijo entre dientes, frente al espejo.

Cada domingo, cuando iba a visitarla, su madre le recordaba que fue un niño muy guapo. «*Eras* igualito a tu padre»: los mismos ojos verdes de mirada inquisitiva, la frente amplia, las cejas marcadas, tanto como los pómulos, y ese rasgo tan característico de la familia Gil, los dientes frontales un poco separados, detalle que él había logrado corregir tras dos largos años con ortodoncia. El pelo frondoso y oscuro, el cuello ancho y ese modo de erigir el mentón que, si no se le conocía, causaba la impresión de persona arrogante. Nadie mencionaba que las orejas estuvieran un poco separadas del cráneo ni esa nariz demasiado ancha, de boxeador, tampoco la expresión agria de sus labios, lo que en conjunto hacía que no resultara especialmente atractivo. En cualquier caso, si el niño fue la promesa de una gota del padre, el tiempo lo había desmentido. En las fotografías que guardaba, a los cuarenta años su padre destilaba una humanidad arrolladora, incluso con su único ojo sano. Alto y recio, causaba una impresión de autoridad incuestionable, un hombre que pisaba con firmeza. En cambio, Gonzalo había derivado hacia una personalidad carnosa, endeble, más bajo y chato, con una barriga blanda que nunca encontraba el tiempo ni la voluntad de meter en cintura. Las entradas en las sienes anunciaban una pronta y prematura alopecia y desde luego sus ojos no eran inquisitoriales, ni siquiera tenían un brillo de inteligencia. Solo una frágil bondad, la inseguridad de alguien tímido que inspiraba, en el mejor de los casos, una condescendencia indiferente. Los hijos de los héroes nunca están a su altura. No era una afirmación hiriente, sino la constatación de un hecho incuestionable.

Antes de marcharse pasó a ver a Luisa.

—¿Sabes quién ha alquilado el apartamento de la derecha?

Luisa se golpeó suavemente los labios con la punta de un lápiz.

—No. He visto que estaban haciendo mudanza, pero no te preocupes. El lunes lo sabré.

Gonzalo asintió y se despidió con una sonrisa un poco forzada. Aquella mujer del balcón le había dejado intrigado.

—Por cierto, feliz cumpleaños. Un año más —le deseó su secretaria, cuando ya salía por la puerta.

Gonzalo alzó la mano sin volverse.

Aparcó el todoterreno frente a su casa veinte minutos después. Alguien había pintarrajeado en su muro una diana con un punto de mira y su nombre en el centro. Unos operarios contratados por Lola intentaban borrar las pintadas con una manguera a presión. Era como jugar al gato y al ratón; al caer la noche volverían a estar en el mismo sitio. Gonzalo no necesitaba ser perito calígrafo para saber quién era el autor. Escuchó un murmullo del que sobresalía una carcajada o una voz más estridente que las demás elevándose al otro lado del jardín. Los invitados ya habían llegado y pudo oír la música de ambiente: Sergio Gatica. Él y Lola nunca se ponían de acuerdo en sus gustos musicales. Y cuando eso ocurría, bastante a menudo, solía imponerse la voluntad de su esposa. Al contrario que a él, a Lola no le importaba discutir.

Sopesó las llaves del todoterreno y deseó que toda aquella gente estuviera en cualquier otra parte. En realidad, era él quien querría desaparecer. No iba a hacerlo, por supuesto. Era impensable algo tan inesperado en el siempre previsible, aburrido y extraño personaje por el que todos le tenían. Así que tomó aire, irguió los hombros e introdujo la llave en la cerradura, esforzándose al máximo para que su expresión de sorpresa pareciera real, aunque a nadie le importara. Lo único que le pedían era que resultase convincente, y lo logró.

Recorrió el salón estrechando manos, repartiendo besos y saludos. Ahí estaban algunos compañeros del bufete de su suegro formando corrillo. Otros amigos de última hora, vecinos de la urbanización que Lola había reclutado para hacer bulto, le felicitaron con una efusión exagerada. Alrededor de la piscina vio a su hija Patricia jugando con otros niños entre los parterres. La niña se volvió y le saludó con las manos manchadas de tierra. Gonzalo le devolvió el saludo con un sentimiento agridulce. Estaba creciendo demasiado aprisa. Apenas necesitaba ya ponerse de puntillas para besarle la mejilla. Se le escapaba entre los dedos. Como todo lo bueno que le había pasado en la vida, la infancia de sus hijos se le iba sin tiempo de disfrutarla.

Entre todos los presentes, Lola brillaba con su hermoso vestido malva de hombros descubiertos. Su esposa había entrado mejor que la mayoría de mujeres en esa edad llena de inquietudes, pasados largamente los cuarenta. Se la veía segura de sí misma, feliz, los demás la buscaban, la tocaban y la abrazaban, deseosos de contagiarse de su vitalidad. Era hermosa, mucho más de lo que él podría haber soñado. Pero eso, la belleza, ya no significaba mucho, pensó, cuando ella se acercó para felicitarle y le besó fugazmente los labios.

—¿Esperabas algo así?

Gonzalo puso cara de circunstancias. Mentir es más fácil cuando quien escucha la mentira está predispuesto a creerla.

—Desde luego que no.

—Han venido todos —afirmó Lola con expresión de triunfo.

Eso no era del todo cierto. Había huecos difíciles de disimular. La vida dejaba cadáveres mientras avanzaba. De lejos, Gonzalo vio a su suegro.

—¿Qué hace tu padre aquí?

Lola posó una mano de uñas esmaltadas sobre su hombro. Fingía naturalidad pero estaba nerviosa. Gonzalo lo

notó en el leve temblor de los dedos sobre la hombrera de la americana.

—Trata de ser amable con él, ¿quieres? Hoy va a hablarte de la fusión de los bufetes.

Gonzalo asintió sin entusiasmo. «Fusión» era un modo generoso de eludir la palabra servidumbre. Iba a convertirse en lacayo, y aun así su esposa le pedía que fuese cortés. Resultaba agotador aquel interminable teatro en el que ella parecía sentirse tan cómoda.

Lola frunció la nariz entrecerrando un poco sus párpados de largas pestañas apelmazadas por el rímel.

—¿Has estado fumando?

Gonzalo no se inmutó. Incluso logró parecer lo bastante ofendido.

—Te di mi palabra, ¿no es cierto? No he vuelto a fumar un pitillo en cinco meses.

Lola le lanzó una mirada de recelo. Antes de que la balanza se decantara, Gonzalo cambió de tema.

—He visto a los operarios en el muro.

Lola se echó el pelo hacia atrás con un gesto exasperado.

—Deberías denunciar a ese loco a la policía, Gonzalo. Esto ya dura demasiado. He hablado con mi padre y...

Gonzalo la interrumpió, molesto.

—¿También le cuentas cuántas veces voy al baño?

—No seas desagradable. Solo digo que esto se tiene que acabar.

Gonzalo vio acercarse a su suegro. Lola le dio un beso cariñoso y se las apañó para que pudieran hacer un aparte junto a la piscina.

—Una fiesta magnífica —le felicitó su suegro. Incluso cuando pretendía ser elogioso, la voz resultaba hosca, como su expresión, siempre al límite del desdén. Sus ojos habían perdido el color, pero desprendía una inteligencia socarrona y una vitalidad envidiable, jovial y llena de pasiones. «Todo lo contrario que tú», le escupía esa mirada. Gonzalo no lograba sobreponerse a la impresión de em-

pequeñecimiento que le asaltaba cuando le tenía delante. Cercano a los setenta años, Agustín González todavía no había alcanzado ese punto crítico en el que algunos hombres empiezan a sentir lástima de sí mismos. En muchos aspectos era detestable, y su mala fama, merecida: un hueso duro, un litigante con muchas muescas en su haber, un corsario sin escrúpulos, arrogante y, en ocasiones, ofensivo que arrastraba el aire displicente de quien lleva demasiado tiempo en la cúspide y se cree investido del derecho divino para mantenerse ahí. Pero también era un hombre sólido, culto, y sin duda prudente. Sopesaba cada palabra evitando decir algo que más tarde pudiera lamentar. Tal vez muchos le odiasen, pero ni siquiera sus enemigos eran tan estúpidos como para reírse de él a sus espaldas.

—Me gustaría mantener una charla tranquila contigo sobre nuestra asociación. Pásate el lunes por mi despacho, a eso de las diez.

Gonzalo esperó que añadiera algo más, pero su suegro, tan parco en palabras como en gestos, emitió un gruñido que tal vez pretendía ser amistoso y se alejó hacia un grupo de invitados.

Desde lejos, la novia de su suegro le saludó con una copa de vino en alto. Era mucho más joven que Agustín. Gonzalo había olvidado su nombre, si es que lo había dicho, pero tardaría en olvidar el extremado vestido que embutía sus carnes sin pudor y la blonda de su sujetador, que realizaba unos pechos que pugnaban por salir a respirar fuera del encaje. A su suegro le gustaban esa clase de mujeres, excesivas y obedientes. Desde que enviudó no se privaba en coleccionarlas. Cimbrea sus caderas como si se desarrollara en un plató de cartón piedra y todos los focos estuviesen pendientes de ella. Se tocó la comisura del labio y observó con desagrado los dedos manchados de pintalabios.

Bajo la pérgola de madera que decoraba un extremo del jardín, Gonzalo vio a Javier. Aislado del resto de invitados, como siempre, su hijo mayor brillaba como lo haría

un objeto fuera de lugar. Estaba apoyado en uno de los pilares, refugiado en la música de su reproductor y observándolo todo con indiferencia. Las bermudas que llevaba puestas dejaban a la vista la larga cicatriz en la pierna derecha. Aunque había pasado mucho tiempo, cada vez que Gonzalo veía aquella cicatriz se sentía culpable.

El accidente, si es que así podía llamarlo, ocurrió cuando Javier tenía nueve años. Estaban encaramados ambos en lo alto de un risco y Javier miraba el fondo de aguas calmas y cristalinas. En realidad no era una distancia muy grande, pero a él debía de parecerle inalcanzable. Desde abajo, Lola le gritaba, animándole a saltar, y él se debatía entre el miedo y las ganas de cerrar los ojos y lanzarse al vacío. «Lo haremos juntos. No pasará nada, ya verás», le dijo Gonzalo, al tiempo que le estrechó con fuerza la mano. Javier le sonrió. Si su padre estaba con él no podía pasarle nada malo. Fue su primer instante de eternidad. La sensación de caer y a la vez sentir que no pesaba nada, el rugido de su propia voz y la de su padre. El mundo convertido en un círculo de azules intensos y luego el mar abriéndose para engullirlo entre burbujas y lanzarlo de nuevo hacia la superficie. Su padre reía orgulloso de él, pero de pronto la mirada se truncó. Alrededor de Javier el agua se estaba tiñendo de un color burdeos y el niño sintió un terrible dolor en la pierna.

Aquella fue la primera vez que Gonzalo le falló. La cojera que le quedó para siempre en la pierna derecha se lo recordaba cada día.

—Supongo que debo felicitarte. —Javier tenía una voz somnolienta, aburrida y ronca. A medio hacer.

—No es obligatorio, pero sería un detalle que te agradecería.

Su hijo lanzó una mirada alrededor. La mirada de un adolescente calibrando los horizontes posibles.

—Apuesto a que no le importas una mierda a la mitad de los que están aquí. Pero parece que todos disimuláis muy bien.

¿Qué podía saber un padre sobre el mundo interior de su hijo de diecisiete años? Los chicos de esa edad hablaban sin tapujos de sí mismos, de sus emociones y de sus sentimientos por internet. Hablaban y hablaban, pero uno no podía sacar conclusiones claras sobre lo que eran o creían ser. Gonzalo observaba la mutación dolorosa de su hijo y podía notar el peso de su soledad, el modo en que el resto de su vida empezaba a cernirse sobre él.

—Supongo que no puedes resistir la tentación de hacerme daño en cuanto surge la oportunidad, ¿verdad?
—Gonzalo no lograba disipar una especie de irritación cada vez que le tenía delante. Era como si hablaran dos idiomas completamente distintos y ninguno de los dos hiciera el mínimo esfuerzo para entender al otro.

Javier alzó la mirada y observó a su padre con una mezcla de anhelo e incomodidad, como si deseara decirle algo y fuera incapaz de expresarlo. Últimamente parecía mayor y más triste, parecía que su primer año en la universidad fuese a arrojarle a una tierra de nadie donde ni era ya un niño ni se situaba definitivamente entre los adultos.

—¿Qué quieres que te diga? Solo es una fiesta sorpresa más. La misma de cada año.

Gonzalo atravesó con la mirada a su hijo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No me pasa nada. Solo quiero estar tranquilo un minuto.

—No quiero que empecemos a discutir, Javier. No es el momento.

Ojalá pudieran gritarse, insultarse, soltar todos los reproches que arrastraban. Pero no ocurría. Así eran las cosas.

—No lo hagamos, entonces.

Gonzalo se quedó pensativo un instante, observando las idas y venidas de Lola entre los invitados. Javier era su viva imagen, sus mismos ojos, su misma boca, y sin embargo, había algo en la amplitud de su frente, en su recio

pelo negro y ensortijado que le repulsaba. Gonzalo trataba de reprimir ese sentimiento de rechazo, y Javier de algún modo lo intuía.

—A veces pienso que te pareces demasiado a tu madre. Tienes una habilidad especial para echar de tu lado a la gente que te quiere.

Javier se frotó la sien, deseando quedarse solo.

—Tú no conoces a mamá. Vives con nosotros, pero no nos conoces.

Gonzalo sonrió con tristeza. Javier admiraba a su madre, tanto como lo odiaba a él, sin un verdadero motivo, como no fuera el instinto. Pero, en realidad, idolatraba a un fantasma, y ¿acaso no era lo que hacía él?

Alguien junto a la verja de la entrada llamó su atención. Un tipo de aspecto fornido y entrado ya en años le observaba fijamente, fumando un cigarrillo. El humo se quedaba prendido de su grueso mostacho. A Gonzalo le resultó vagamente familiar, aunque estaba seguro de no haberlo visto nunca. Quizá le confundía su apariencia, absolutamente anodina, fuera de aquel bigote frondoso. Vestía una camisa con manchas de sudor en las axilas y unos pantalones arrugados de color crema. Una gruesa barriga amenazaba con hacer saltar los botones, como si la hubiera metido en cintura a presión. Y a pesar de todo aquel mostacho de tonos grises le recordaba a alguien. Una pregunta se abrió paso en su mente confusa.

Sin dejar de mirarle, el desconocido se secó el cráneo afeitado con un pañuelo.

Gonzalo se acercó a él.

—Disculpe. ¿Nos conocemos?

El hombre sacó una credencial del bolsillo, se la mostró y asintió pesadamente.

—¿Y qué hace aquí?

Alcázar lo miró sin inmutarse.

—Se trata de su hermana, Laura.

Aquel nombre sonó lejano en la mente de Gonzalo, como una leve molestia largamente olvidada. Hacía más

de diez años que su hermana desapareció del mapa sin dar explicaciones. Desde entonces no había vuelto a verla.

—¿Qué ha hecho ahora esa loca?

Alcázar tiró el pitillo y lo aplastó bajo el talón con un movimiento rotatorio. Sus ojos oblicuos, enterrados bajo gruesas cejas grises y revueltas, perforaron a Gonzalo.

—Matar a un hombre y suicidarse después. Y, por cierto, esa loca era mi compañera.

El polvo que venía de la playa formaba una suave película sobre los sillones y la mesa de la terraza, y las paredes blancas desprendían un calor agobiante.

Siaka contemplaba el mar a través de la ventana con un sosegado sentimiento de indiferencia. La mujer dormitaba boca abajo, con el rostro aplastado contra la almohada, la boca un poco abierta babeando y el pelo de color vino y sudoroso aplastado sobre la frente. Era una mujer robusta, de piel sonrosada, y tenía un *piercing* en la nariz, uno de esos brillantes diminutos como un grano de cristal. Las marcas blancas de la braga y el sujetador resaltaban sobre su piel achicharrada por el sol. Los turistas nunca aprendían; apenas aterrizaban en la playa, se tiraban en la toalla como lagartijas, como si pensarán que el sol fuera a acabárseles. Siaka se desembarazó con cuidado del peso del brazo que le abrazaba la pelvis y se apartó de la piel, pegajosa como la mermelada, de la mujer. Antes de correrse, ella había lanzado una especie de relincho caballuno. Luego lo había mirado con una chispa de picardía obscena en la mirada. ¿Dónde has aprendido a hacer todas estas cosas?, le había preguntado. Nací sabiendo, le había respondido. Ella le sonrió. Siaka estaba convencido de que ni siquiera le había entendido, y luego se quedó dormida como una niña de biberón.

Se vistió sin hacer ruido, dejando los zapatos para el final, y registró el bolso de la mujer hasta encontrar la billetera, con un buen fajo de dólares, un reloj que parecía bas-

tante bueno y un teléfono móvil. También se quedó el pasaporte (los pasaportes americanos se cotizaban caros), pero después de pensarlo un segundo, lo devolvió al bolso, junto con el móvil. Seguro que papaíto podría mandarle dinero desde algún banco de Nueva Jersey o desde donde coño fuera, pero perder el pasaporte era más complicado. Decenas de Suzanne, Louise, Marie, llegaban de Estados Unidos o de cualquier otra parte con ganas de vivir las vacaciones de su vida, algo que recordar para siempre en las largas y frías noches de Boston o Chicago. Las rusas, las chinas y las japonesas tampoco estaban mal, pero él prefería a las yanquis. Tenían un punto de ingenuidad que le hacía gracia, se conformaban con un poco más de lo que sus novios o maridos les ofrecían y además eran generosas. Nada de pensiones baratas o polvos en un coche de alquiler. Lo llevaban a sus hoteles, y Siaka sentía devoción por los de cinco estrellas. Las cocteleras dispuestas, las sábanas bordadas, el albornoz en la ducha, las sales de baño y la moqueta limpia. Pero lo que más le gustaba eran las banderas. Los paños que flameaban en los mástiles de los hoteles de cinco estrellas siempre estaban nuevos y brillantes.

Uno no podía entender lo que era el primer mundo sin ver esas banderas desde la terraza de un hotel de cinco estrellas con vistas al mar. Cuando las turistas le preguntaban de dónde era con esa voz de intención amorosa y arrebatada, les mentía, y eso no tenía ninguna importancia. Para la mayoría de gente, África era una mancha de color ocre en medio de alguna parte. Las fronteras y los países eran iguales. Un lugar de desgracias, de hambrunas, enfermedades y guerras. Algunas historias lacrimógenas, y ellas lo escuchaban con mirada de lástima, estrechaban sus largos dedos sobre la mesa de un restaurante caro, se creían superiores y eso las hacía sentirse mal, culpables. Entonces Siaka les cambiaba el registro, le gustaba golpearlas con su cultura de la música africana, les explicaba cómo se toca el *mbira*, un piano de pulgar con teclas de hierro montado sobre una calabaza hueca, propio de su

tierra, Zimbabue. O les hablaba de Nicholas Mukomberanwa, uno de los artistas más insignes de su país. Y entonces esa conmiseración se tornaba admiración, y a medida que avanzaba la cena y caían las botellas de vino, las manos o los pies de ellas se deslizaban bajo la mesa y el espíritu del amo afloraba como antaño, posándose en su entrepierna, preguntando con ojos achispados si era cierto eso que decían de los negros, que la tenían enorme, porque para ser negro se necesitaba un buen atributo masculino. Eso era lo que ellas pensaban y eso era lo que Siaka les ofrecía. Tenía un buen miembro y diecinueve años para llenarlo de energía. Y también tenía planes para el futuro.

Salió de la habitación y se calzó en el vestíbulo, guardando los dólares en el zapato. No solía ocurrir, pero a veces la seguridad del hotel le registraba, sobre todo si se habían quedado con su cara.

No tuvo problemas en alcanzar la calle y parar un taxi.
—¿A dónde le llevo, señor?

Siaka esbozó una sonrisa complacida. Le gustaba que le trataran de usted; podía ser negro y no tener papeles, pero la ropa cara y las gafas de sol de marca le hacían a uno parecer más blanco. En cuanto a los papeles, los únicos que le interesaban a la gente eran los que guardaba en el zapato.

—¿Acepta dólares? —dijo, tendiéndole uno de cien. Con dinero uno es menos ilegal.

La casa de Gonzalo Gil estaba en una urbanización de lujo asentada sobre una loma desde la que se veía el mar. La fachada quedaba casi oculta por un alto muro de piedra viva. Se escuchaban risas y el chapoteo de una piscina. Desde la ventanilla del taxi, Siaka vio llegar una furgoneta de *catering*. La mujer morena, alta y elegante, que salió a recibirles debía de ser la esposa. Siaka trató de recordar su nombre, pero solo le vino a la cabeza una frase: «Esa

zorra presuntuosa». Por lo que sabía, el abogado tenía dos niños, uno casi de su edad y una cría más pequeña. Los había visto un par de veces coger el autobús escolar que paraba cerca.

—Oiga, el taxímetro me va a hacer rico.

—Si le llamo dentro de media hora, pongamos, ¿vendrá a recogerme? Le daré una buena propina.

Caminó a lo largo del muro oliendo las orquídeas. Aquel olor y el del césped recién cortado le recordaban a las novelas de Fitzgerald, y de un modo algo más turbio a la escuela donde estudió de pequeño. Se detuvo frente a los operarios que estaban borrando unas pintadas y sonrió. Aquella casa debía de ser un chollo para ellos. Cada tres o cuatro días aparecían para borrar los insultos dedicados al abogado y las amenazas a su guapa esposa y sus hijos con cara de querubines. Uno de ellos se lo quedó mirando. Siaka saludó con naturalidad y el tipo siguió a lo suyo. Por si acaso, el joven cambió de acera y paseó por las fincas vecinas. Desde luego, cierto tipo de gente sabía cómo vivir, y eso no tenía mucho que ver con la suerte.

Siaka se apoyó en la pared y encendió un pitillo. Se ajustó las gafas de sol y cerró los ojos, dejando que el humo flotara entre sus blancos dientes.

—Feliz cumpleaños, abogado.